

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

C/. Velázquez, 88

Tel. 91. 435 41 45

ROMA – 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

¡QUÉ INFINITO ES DIOS DÁNDOSE!

Dios es la Infinita Riqueza, la Plenitud plena y eterna, que contiene en sí, en su subsistencia, todo cuanto pudiera necesitar.

Dios se es para sí infinito y apretado en la comunicación trinitaria de su Familia Divina.

Pero Dios, que es todo lo que puede ser en la posibilidad posible del Seyente, posibilidad que en Él es infinita, cuando quiere comunicarse a los demás, lo hace según es, y entonces su donación es a lo infinito.

Y así vemos en el misterio de la Encarnación, de la vida de Cristo, de su muerte y resurrección y en el triunfo definitivo de su última venida, la magnificencia y el esplendor de su gloria en donación infinita.

Dios, cuando se da, se da del todo. Y se da del todo en todos y en cada uno de los pasos

de su vida; en el seno de la Iglesia; en los sacramentos, en todos y en cada uno.

Se da del todo al *alma-Iglesia*, y a todos y a cada uno de los que se abren a su posesión.

Y se da del todo en su todo, en su infinitud, en infinitud de maneras. Porque Dios, siempre que se da, se da como es, y como es el Infinito, se entrega infinitamente, aunque la recepción por parte nuestra sea limitada.

Dios es la Donación infinita, el Dador eterno, por lo que no podemos decir que son solamente siete los dones del Espíritu Santo ni doce los frutos, ni cuarenta mil las gracias que nos comunica. Son sin medida, sin límite, sin cuenta, porque son donaciones del Infinito en su comunicación hacia nosotros.

¡Se terminaron los límites, las fronteras, los cálculos, las medidas, para contar los modos de comunicarse Dios...!

En la Encarnación se da, por parte suya, de infinitud de maneras. El Adviento es otra infinitud de modos de darse; lo mismo que el pesebre, la vida pública, el gran misterio de la Cruz, donde el Amor Infinito, rompiendo en sangre, nos dice infinitamente hasta dónde nos ama.

Su muerte es la riquísima manera de dársenos infinita y cruentamente, y en el máximo grado según la apariencia humana. Tras su muerte, la resurrección..., Pentecostés con toda su infinitud de estilos, modos, carismas, riquezas, dones y frutos incontables e interminables...

Y por si era poco, ¡el misterio de la Iglesia con los sacramentos! Y entre ellos, ¡el gran Sacramento!, ¡el Sacrificio del altar!, ¡la perpetuidad de la Eucaristía...! ¡Las gracias actuales y habituales en las almas! Y tantos millones y millones de donaciones que, por parte de Dios, rompen en infinitud de maneras de darse a la Iglesia..., quedándose con ella durante todos los tiempos en comunicación trinitaria, no sólo para acompañarla, sino viviendo su vida en ella y en cada uno de sus miembros; y estando con el Papa y los Obispos, confiándoles su rebaño, enseñándoles e iluminándoles, para hacernos a todos vivir de su vida en formas, maneras y estilos especiales.

¡Con cuántos dones se comunica Dios a su Iglesia...! En cada uno de los sacramentos se da en infinitud de maneras y matices, porque se da del todo, tal como es, en su todo y en su simplicidad.

Y por eso, a través de unos signos sencillísimos, se nos comunican todos los misterios: Encarnación, vida, muerte, resurrección y última venida de Cristo, con toda la riqueza de la Iglesia, de todas y de cada una de las almas. Siendo todos los dones para todos y para cada uno, porque Dios es el gran Don y se entrega a todos, aunque a cada uno según su capacidad y según su plan eterno de amor para con él.

¡Qué grande es Dios, que cuando se da, se da infinitamente, eternamente, incondicional-

mente...! ¡Y siempre es recibido tan pobre, tan ruin y tan mezquinamente...!

El gran misterio del cristianismo es la infinita donación de Dios y nuestra terrible cerrazón; Dios, que se me da de infinitud de maneras, y yo que no le recibo y que pierdo para mí y para los demás esas gracias.

Porque no solamente Dios se me da en mi alma, sino que también se me da en las almas que están en gracia, de todos los tiempos, desde el principio hasta el final, y se me da de infinitud de maneras; y yo que no le recibo y que pierdo para mí y para los demás todas esas gracias, pues también a través mía se quiere dar infinitamente a todas las almas.

Se derramó además sobre las criaturas inanimadas infinitamente, para que yo, al mirarlas, les diera su razón de ser y respondiera a Dios cantando su hermosura, ya que ninguna de ellas tiene voz creada, siendo yo la voz de la creación que, al interpretarla, le doy su sentido de respuesta al Creador.

¡Qué rico es Dios y qué maravilloso...! ¡Y qué donación tan eterna por parte suya, y qué infinita! que, cuando se da, por perfección de su ser eterno, tiene que darse infinitamente, aunque la recepción por parte nuestra sea limitada.

Alma querida, responde a la donación infinita como puedas, ábrete a la Capacidad eterna que se te quiere entregar, responde al Don que se es Dios con tu don. Pero no te hagas inconsciente

ante el Dador divino que tan gratuitamente y en infinitud de maneras se te da, y que solamente te pide una abertura de recepción de amor agradecido ante su donación eterna.